

JOSÉ EDUARDO AGUALUSA

EL MÁS BELLO FIN DEL MUNDO

Cuentos, crónicas, notas periodísticas
y divagaciones

Traducción de Claudia Solans



*En toda la tierra conocida
hay una tierra incógnita. ¿Amamos
a alguien (o un país) porque
lo conocemos o, por el contrario,
porque lo desconocemos?
La respuesta a esta cuestión tal vez
sirva solo para distinguir
optimistas de pesimistas.*

Un automóvil en el espacio sideral

6 de febrero de 2018

1.

El empresario sudafricano Elon Musk envió hoy un automóvil con un muñeco al volante rumbo al espacio sideral.

Supongo que es una especie de mensaje. Pero ¿qué mensaje? En 1972 y al año siguiente, la NASA lanzó dos naves espaciales, la Pioneer 10 y la Pioneer 11, en cuyo interior hay mensajes inscriptos en placas metálicas con destino a ser descifrados por seres de civilizaciones extraterrestres. Las placas representan a un hombre y una mujer desnudos, rodeados de símbolos que indican la exacta localización de la Tierra. Más tarde, en 1977, la NASA colocó en otras dos naves, la Voyager 1 y la Voyager 2, discos de oro con mucha más información. En esos discos también hay imágenes de un hombre y de una mujer, pero esta vez están vestidos, de manera de no ofender la moral alienígena. El contenido de esos discos fue una elección de Carl Sagan y reúne desde sonidos de la naturaleza de nuestro planeta, hasta Chuck Berry cantando “Johnny B. Goode”.

A pocas décadas de distancia, los mensajes de Sagan ya parecen tan arcaicos como las pinturas rupestres, a excepción de Chuck Berry cantando “Johnny B. Goode”. Con todo, se muestran capaces de decir algo mínimamente relevante sobre nuestro mundo y nuestro tiempo para alguien ubicado a años luz de distancia en un futuro muy remoto.

Ahora, imaginen una nave extraterrestre recogiendo el automóvil de Elon Musk, un Tesla Roadster rojo vivo, de aquí a un millón de años. En la placa de circuitos del Tesla está escrito: “Hecho en la Tierra

por humanos”. En la pantalla del panel aparece un mensaje extraído de un famoso libro de ficción científica, *The Hitchhiker's Guide to the Galaxy*, de Douglas Adams: “No entre en pánico”. El muñeco al volante del auto, vestido como un astronauta, se llama Starman y escucha, o escucharía, la canción homónima de Bowie, en caso de que el sonido se propagara en el espacio sideral:

“Hay un hombre de las estrellas esperando en el cielo.
Le gustaría descender y conocernos mejor,
pero teme hacernos explotar la razón.”

Los extraterrestres reunirán a sus mejores lingüistas y matemáticos, a sus semiólogos más astutos, y pasarán siglos intentando comprender el mensaje de los terrestres, mientras tanto extintos. Creo que, frente al vacío, experimentarán primero una enorme frustración y después un infinito terror.

“*Hic sunt dracones*” (aquí hay dragones), anotaban los antiguos cartógrafos en las regiones en blanco de sus mapas, queriendo decir que a partir de allí no se sabía nada, era todo oscuridad y miedo. Sospecho que los extraterrestres que estén cartografiando el universo de aquí en un millón de años escribirán algo semejante en sus mapas al margen de las regiones ignotas de donde llegó el Tesla Roadster de Elon Musk.

2.

El hombre de Cheddar, nombre por el cual se conoce al más antiguo esqueleto encontrado hasta ahora en Gran Bretaña, y que tiene cerca de diez mil años, sería negro, de ojos azules y cabello oscuro enrulado. La revelación de un grupo de científicos que estudió los genes del esqueleto sugiere que la pigmentación clara, característica de la mayor parte de las poblaciones europeas, puede haber surgido mucho más tarde de lo que se pensaba hasta ahora. O sea: los blancos llegaron hace instantes al planeta. Durante muchos miles de años la humanidad fue toda negra.

Vissolela

Vissolela nunca alza la voz. Durante mucho tiempo creí que era temor a que el timbre la traicionara. Viste ropa colorida. Se cubre el cabello con un turbante alto. “Deberías escribir un libro sobre mí”, me dijo en cuanto me presenté. Asentí, esforzándome por esconder el fastidio. Si escribiera un libro sobre cada sujeto que conocí y cuya vida valiera un libro, me pasaría mil años escribiendo. Esto no se lo dije, claro.

Un periódico brasileño me pidió que la entrevistara. Primero lo rechacé. Solía entrevistar escritores, músicos, artistas plásticos. Vissolela se movía en un mundo que yo despreciaba. Sin embargo, el periódico insistió, pagaban bien y yo necesitaba dinero. Finalmente dije que sí. Por sugerencia de ella combinamos encontrarnos en un café a la moda, frecuentado por la burguesía emergente de Benguela. Un lugar donde yo nunca había puesto los pies.

Vissolela me llevó de la mano hasta una mesa vacía. Nos sentamos. Noté las risas de burla a nuestro alrededor. Ella pidió una cerveza. Yo, un agua tónica. Me contó que estuvo presa cinco veces. La primera por prostitución, la segunda por hurto, la tercera por agresión a un policía, la cuarta por atentado al pudor, la quinta por tentativa de golpe de Estado.

Poco después de llegar a Luanda, Vissolela consiguió empleo en el atelier de un sastre, un portugués que se mudó a Angola porque todos sus clientes en Lisboa eran angolanos. Vasco Camilo, el portugués, pensó que si tenía diez clientes seguros en Lisboa, podría tener trescientos en Luanda, entre diputados, ministros y empresarios importantes. No fue así. Enseguida descubrió que los empresarios importantes ya tienen sus propios sastres en Londres o en París, y que la mayor parte de los diputados prefiere comprar de confección como cualquier mortal. Aun así, el negocio funciona mejor que en Lisboa.

Vissolela aprendió rápido. Hace cinco o seis años abandonó el atelier de Vasco Camilo y creó una marca de ropa: Rosa de Porcelana. Un famoso kudurista*, Kamba Kilamba, dio una entrevista en la que dijo que solo vestía esa ropa. Vissolela comenzó a ser invitada a debates en la televisión. Primero sobre moda. Enseguida sobre sexo (sus sexos) y, finalmente, sobre cualquier asunto.

“Las primeras veces que me invitaron para hablar sobre moda, no estaban muy interesados en oírme hablar sobre moda”, me dijo. “Lo que querían era oírme hablar sobre sexo”.

Me cuenta que tuvo un romance con un militar, un joven mayor. Yo ya lo sabía. Léí las noticias sobre el escándalo. El militar fue enviado a Libia a hacer un curso sobre explosivos, y se convirtió al islam. Cuando Vissolela lo conoció, él ya era musulmán.

“Entonces yo también me convertí, por amor”.

La comunidad islámica en Angola es muy pequeña, constituida sobre todo por emigrantes malienses, senegaleses y libaneses. Los angolanos se cuentan con los dedos de una mano.

“¿Y bebes alcohol?”, le pregunté.

“Nunca fui una buena musulmana”, reconoció Vissolela. “Siempre bebí cerveza. Nunca dejé de comer chorizo. Me vuelve loca el lechón a la bairrada. Sea como sea, abandoné el islam. Se terminó el amor, se terminó la fe. Ahora soy neoanimista. Está más de acuerdo con nuestras tradiciones”.

El romance con el mayor y la conversión al islam la llevaron a la cárcel por quinta vez. El mayor fue apresado con un grupo de otros cinco musulmanes nacionales, todos ellos acusados de intento de golpe de Estado. Dos días después, la policía fue a buscar a Vissolela. Estuvo presa solo una semana.

“Yo ya era famosa. Mi prisión generó alboroto. Además de eso, desacreditaba el proceso”.

“¿Por qué?”

“¡Míreme!”

Vissolela fue liberada para que los otros pudieran continuar presos. Nadie en Angola cree que sean terroristas. Mucho menos que

* Relativo al kuduro, género musical de origen angolano. (N. de la T.)

pretendieran hacer un golpe de Estado. Así y todo, nadie los defiende. El islam no es popular entre nosotros.

“¿Usted se siente hoy más mujer?”

Me miró, y era un hombre mirándome:

“¿Por qué?” Terminó de beber la cerveza, y cuando volvió a mirarme era de nuevo una mujer. “Soy hombre, soy mujer”. Soy una persona a la que le gustan los hombres, la cerveza, el lechón a la baïrrada, la moda y el glamour. Soy una persona a la que le gusta viajar. Soy una persona a la que no le gustan las fronteras”.

En una mesa apartada, un sujeto obeso, transpirado, nos tomaba fotografías con el teléfono móvil. Disimulaba muy mal. Me levanté y fui a hablar con él.

“¿Puedo ver su teléfono?”

El gordo me miró, asustado:

“Porque usted no puede tomarme fotografías sin autorización”.

“Sí puedo, mi amigo, estamos en un espacio público”.

“¡Deme el teléfono!”

“No se lo doy. ¿Le da vergüenza de que publique las fotos y que mañana su mujer y sus hijos lo vean tomado de la mano de esa aberración?”

Vissolela apareció de repente, se inclinó y besó al gordo en los labios, al mismo tiempo que sacaba una selfie. Hubo risas y aplausos.

“¿Y ahora?”, preguntó, mostrando la foto. “¿Quieres que ponga nuestro beso en mi Facebook?”

El hombre se levantó, temblando:

“Usted no haría eso...”

“Soy la aberración. Puedo hacer lo que quiera. Siempre gano”.

El gordo me tendió el teléfono:

“Borre todas las fotos, me estoy cagando. Ustedes, los maricas, me dan asco”.

Borré las fotos y le devolví el teléfono. Él puso un billete en la mano del empleado y salió. Vissolela y yo regresamos a nuestra mesa. Tuve conciencia de que todas las miradas estaban fijas en nosotros. Tal vez nadie más se atrevería a sacar fotografías, pero durante semanas aquel encuentro sería motivo de conversación en mi círculo de amigos y conocidos. Benguela es una ciudad pequeña. Todo se sabe.

El domingo siguiente, encendí la televisión y ahí estaba Vissolela, en una fiesta de Carnaval en Luanda, disfrazada de ángel, con dos enormes alas resplandecientes y un vestido blanco, escotado, que dejaba casi enteramente expuestos los senos pequeños y perfectos. La reportera, una muchacha sólida, con una cabellera lacia y rubia, como un león alisado, le tendió el micrófono, al tiempo que lanzaba la pregunta:

“¿Es verdad lo que se dice, que los ángeles no tienen sexo?”

“Únicamente los domingos y feriados religiosos no tienen, querida. El resto de los días lo practicamos mucho”.

La reportera, que ya había abierto la boca, se olvidó de lo que iba a preguntar. Se quedó helada, con el micrófono extendido, mientras Vissolela se alejaba riendo a las carcajadas.

Días después estaba en la playa, echado al sol, leyendo, cuando una muchacha alta, muy delgada, se me acercó. Se paró frente a mí. Dudó un instante antes de tenderme una mano de dedos largos, muy finos:

“¿Usted es el periodista? Soy Tchissola, la hermana de Vissolela”.

Sacó una toalla de la canasta y se sentó a mi lado. Tchissola es bonita, aunque de una forma no convencional, con el cabello cortado al ras, un rostro largo y anguloso. Tiene los ojos almendrados, con los iris muy oscuros, que parecen absorber la luz alrededor.

“¿Ella no le habló de mí?”

“No”.

“Nunca habla. Nos esconde. Se avergüenza de nosotros”.

“¿Por qué habría de avergonzarse de ustedes? Vissolela no parece avergonzarse de nada”.

Tchissola se quedó un momento mirando el mar, agitando la cabeza, como si acompañara el ritmo de las olas.

“Es verdad que viene a vernos con frecuencia. Es verdad que ayuda a la familia. Pero tiene vergüenza, nos esconde”.

No supe qué responder. Un muchacho salió del agua, sacudiéndose como un cachorro. Al pasar cerca de nosotros, abrió una ancha sonrisa hacia Tchissola.

“¿Todo bien? No te veía desde hace mucho tiempo...”

Tchissola le devolvió la sonrisa y luego lo ignoró. Se volvió hacia mí, muy seria.

“¿Le dijo que estuvo presa por prostitución?”

“Me lo dijo...”

“Es mentira. Solo estuvo presa una vez, a causa de aquella confusión con el novio musulmán. Incluso creo que empezó a salir con él porque sabía que la gente hablaría. Quiere que hablen de ella, cueste lo que cueste, hasta parece una enfermedad...”

Mi silencio, en lugar de desanimarla, le dio más fuerza. Me contó que la madre, enfermera, había criado sola a las dos hermanas. El padre desapareció en la guerra cuando ellas eran todavía muy pequeñas. Sin embargo, nunca les había faltado nada. Hasta que, a los veinte años, Vissolela decidió dejar Benguela.

“Ella decía que si seguía aquí se moría. Decía que tal vez ya estaba muerta. Que tal vez estábamos todos muertos. Que probablemente nunca habíamos llegado a vivir. Para ella, la vida comenzaba en Luanda. Y se fue a Luanda”.

Una noche, una vecina golpeó a la puerta, muy excitada. Vissolela estaba hablando en la televisión.

“Esa noche mi madre lloró toda la noche. Fue la peor noche de mi vida. Ella no comprendía. Yo tampoco. Incluso hoy no comprendemos”.

“¿Que Vissolela se haya ido a Luanda?”

“¡No! ¡No! Que haya inventado esa historia horrible, que nació mujer y hombre... Hermafrodita. Yo nunca había oído esa palabra antes...”

La miré angustiado. Pobre Vissolela. Había batallado tanto a lo largo de años y años enfrentando prejuicios, y la madre y la hermana persistían en un sordo estado de negación. Inventé una disculpa, que tenía que terminar una crónica, una entrevista agendada, me levanté y me fui.

Dos días después de haber conocido a Tchissola, una amiga me habló de una vieja partera, doña Anunciación, que la había asistido en su parto días antes y, en confidencia, le había contado que había asistido también el parto de Vissolela. Le pedí el teléfono de la mujer. La llamé.

Doña Anunciación vive en Catumbela, en un caserón que parece perdido en el tiempo y solo permanece de pie —eso lo noté des-

pués— porque lo sostiene un amor invencible. Doña Anunciación y el viejo Alberto Medina viven allí hace más de medio siglo. El patio, en medio del cual se alza un enorme baobab, fue transformado en un taller mecánico donde Alberto sigue trabajando. Nunca tuvieron hijos.

“Hijos”, me dijo doña Anunciación, “tengo todos los que ayudé a parir”.

Se acordaba muy bien de Vissolela:

“Una niña perfecta, con todo en su lugar”.

Hasta la tarde en que entrevisté a Vissolela, el mundo en el que se movía me era absolutamente ajeno, una especie de universo paralelo, del cual apenas tenía noticia, de vez en cuando, al tropezar con algún programa de chismes en la televisión, o escuchando en la calle una conversación entre comadres. Al aceptar la entrevista, fue como si hubiera abierto un portal de acceso a ese universo. Los extraños seres que habitan en él comenzaron a infiltrarse en mi propio mundo.

Ayer fue el turno de Kamba Kilamba, el kudurista. Lo encontré en mi sala de visitas, acompañado por una criatura obesa, envuelta en una especie de cortina color rosa fuerte, que se presentó como Zenilda Preciosa, periodista social.

Arrastré a mi madre hasta la cocina:

“¿Por qué diablos dejaste entrar a esta gente?!”

Me miró afligida:

“¿Qué podía hacer, hijo? Preguntaron si podían esperarte. Me parecieron tan buenas personas...”

Regresé a la sala. Vi con disgusto que Zenilda se había sentado en mi sofá preferido y desde allí dominaba la sala entera, como una escultura de Botero pintada de color rosa.

“¿Qué desean?”

“¿Sabe que Vissolela está desaparecida?”, preguntó Zenilda.

“Desapareció, sí”, murmuró Kamba Kilamba, con un gesto triste.

“¿Y yo qué tengo que ver con eso?”

Kamba Kilamba agitó la cabeza:

“Pues, amigo, nosotros sabemos...”

“Todos saben”, agregó Zenilda. “Ella me dio una entrevista en la televisión contando vuestra bonita historia de amor. ¿Usted no la vio?”

No respondí. Salí sin cerrar la puerta, subí al auto y conduje hasta Caotinha. Estoy hace tres horas mirando el mar. Cuando era niño solía venir aquí con mi padre. Me acuerdo muy bien de él, un hombre alegre, siempre riendo y contando chistes. Le gustaba enormemente bailar. Nunca supimos por qué se mató.